

GERMÁN MOLINA

# La casa de mi suegro

El presidente de la constructora Molina Morel y *past president* de la CCHC empezó haciendo algunos “pololos” hasta que, a comienzos de los años 50, su futuro suegro le encargó la construcción de una casa. Y nunca más paró.

Por Sebastián Garay • Fotos Viviana Peláez



# G

ermán Molina lleva casi 60 años de exitosa carrera en el rubro que le apasiona: la construcción. En sus inicios hizo de todo, como pintura de casas o gasfitería, hasta que llegó su primer gran proyecto: la

construcción de una casa.

Desde el año 1962, aproximadamente, está a la cabeza de la constructora Molina Morel. Junto a su hermano arquitecto, Eugenio, crearon esta firma invitando a amigos y parientes a participar poniendo el capital inicial y de inmediato iniciaron la construcción de casas y edificios para la venta.

Durante la crisis de 1982, la empresa perdió todo su capital y los hermanos se disgregaron. Molina se mantuvo en la firma invirtiendo capitales propios hasta que logró reflotarla, asegurándose también una sólida continuidad en el tiempo. Ahora dirige Molina Morel junto a algunos de sus hijos. En lo que lleva de vida, la empresa ha construido más de 550 mil metros cuadrados, especializándose principalmente en las edificaciones de altura.

Germán Molina se tituló de constructor civil en marzo de 1949, con sólo 21 años. De inmediato, comenzó a buscar trabajo en las empresas que existían en esa época, pero sus esfuerzos fueron en vano. En ese tiempo era poco el trabajo que había en construcciones, por lo que

decidió ejercer de manera independiente.

“Me dediqué a buscar cualquier cosa que hubiera en construcción, y lo que había en ese momento era pintura, filtraciones en las casas, y goteras de cañerías. Empecé a hacer eso y de a poco fui teniendo más trabajo”, recuerda.

Siempre trabajando por su cuenta, Molina se dedicó durante bastante tiempo a esas tareas, que otros quizás habrían menospreciado. Hasta que por fin, en 1950, le encargan su primer gran trabajo. Bastante delicado, por lo demás: su futuro suegro le pidió construir una casa que destinaría al arriendo. El terreno estaba ubicado en el sector de Bilbao con República de Cuba.

“Hay muchos problemas para trabajar en la construcción. Lo más difícil es tener buenas relaciones con los maestros, para poder terminar la obra en los plazos. Además, es sabido que quienes encargan el trabajo terminan peleando con el constructor, pues, según ellos, no se hacen las cosas como se pidieron, como habían convenido”, confiesa el director de Molina Morel.

Por lo mismo, este constructor civil siempre ha sido muy cuidadoso en las relaciones con los propietarios. Es muy importante para él terminar la obra sin peleas de por medio: “La gente tiene la costumbre de ir pidiendo cambios a cada rato. Cuando llegan a la obra, el propietario te dice mire, quiero hacer un cambio por aquí, otro por allá, pero después se le olvida. Hay que tener en todo momento presente cuáles son los problemas que se producen entre el constructor

y el propietario”, aconseja Molina.

Por suerte, con su entonces futuro suegro no tuvo estos problemas y terminó felizmente casado con la hija de éste, su actual señora. Poco tiempo después de ser terminada, la casa fue vendida, ya que en esos tiempos el negocio del arriendo no era muy rentable. Hace poco Germán Molina pasó por la vivienda que construyó hace casi 60 años: “Está igualita, bien mantenida”, recuerda el ex presidente de la CCHC.

Después de aquel primer proyecto, se dedicó durante mucho tiempo a construir casas para empleados particulares, principalmente en las comunas de Providencia y Las Condes, junto a varios amigos que eran arquitectos. “Los trabajadores pedían préstamos en UF, entonces el gobierno les prestaba unos millones de pesos y terminaban pagando lo que les costaba una cajetilla de cigarrillos. Era una forma en que los empleados particulares recibían un bono bien interesante, porque les permitía comprarse una casa pagando muy poco dinero”, recuerda Germán Molina.

Siguiendo en la misma línea, y siempre trabajando por su cuenta, las oportunidades fueron creciendo hasta que Molina construyó un edificio de 7 pisos para empleados particulares en calle Mac-Iver, entre Monjitas y Merced, cuando estaba cerca de los 25 años. El resto es historia: el joven constructor que empezó pintando casas llegó a consolidar su empresa como una de las de mayor prestigio en el mercado nacional.